

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

Gracias á todos.

La prensa de Madrid y de provincias ha unido su voz á la nuestra para protestar del atropello que con los periódicos peninsulares viene cometiéndose en Cuba.

Damos las más expresivas gracias á los queridos colegas que tan poderosamente nos han ayudado en esta obra de justicia.

Cumplenos también dar fe de nuestro agradecimiento al señor ministro de Ultramar que, en atento besa la mano, se ha servido comunicarnos que había enviado al general Blanco el ejemplar del periódico en que publicamos nuestra *Carta abierta*. «Seguro», dice el señor Moret—de que al leer dicho documento pondrá remedio á faltas que, si se han cometido, de seguro han sido contra su voluntad y deseo, ya que del mío no sería posible dudar.»

Y ahora esperemos á ver lo que decide el general Blanco.

Sagasta.

(FRAGMENTOS)

De poco luminosa arcilla es evidentemente el señor Sagasta.

La fantasía, ansiosa de forjar quimeras, se aferra en vano á la imposible tarea de exaltarle, de dorarle, de poetizarle; pues él, mucho más terco todavía, no da un paso jamás ni se mueve una vez sin descubrir un mapa de flaquezas, todas las flaquezas del hombre, parando en seco á la ilusión que no logra envolver entre el polvo de oro de su luz tan numerosas y mal ocultas llagas...

Allá en el fondo, aunque vagamente, creemos vislumbrar los motivos que, á los ojos de la conciencia pública, despojan de toda odiosidad la conducta de tan extraño gobernante.

De la accidentada vida de ese hombre parece desprenderse una gran irresponsabilidad que llega á entrar en nosotros y á apoderar el ánimo, al juzgarle, como una convicción profunda.

Sagasta es la vieja arista con que juega el viento: es un pobre ministro, sin conciencia de sí, sin brújula ni nada interior que le oriente, sin fuerzas que oponer á las ciegas fuerzas naturales que le traen y le llevan, le bajan y le suben, le injurian y le besan, azotado siempre, y siempre arreglándose de modo que todas las olas de la política vienen á romper sobre él desde que salió de la Rioja...

¡Triste destino! ¡Caminar eternamente cubierto por la espuma de todas las revoluciones y de todas las reacciones!

Allá va Sagasta hecho una lástima. ¿Adónde? No lo supo nunca. Obligado á ejercer de roca ante las olas irritadas, jamás tuvo nadie tan pocas condiciones de granito, y todas las corrientes le descuajan, le mueven... condenado á seguir el humor de todas las tempestades.

Sagasta es lo inconsciente. Ya está averiguado que no es más que una cosa artificial, una máquina de hombre público que alcanzó el último grado de perfec-

ción. No repugna, en efecto, imaginar un Edison ideal que con los medios de que habrá de disponer la industria en la plenitud de los tiempos, construya Sagastas admirables, capaces de gobernar un pueblo sin que éste eche de ver, durante cierto tiempo, que los poderes que le rigen son casi unos poderes de madera. No hay nada en el Sr. Sagasta que no pueda obtenerse por lo fabril ó por lo manufacturero. Figuraos una combinación de caoba y metal, con resortes tan hábilmente distribuidos, con muelles de tanta precisión y de un artificio tan sabio, que respondan al calculado impulso impreso por nuestro Edison misterioso al lanzarle diariamente en las complicadas, pero siempre materiales funciones de su vida. Nada en el orden metafísico se opone á ello. Estúdiense á Sagasta en acción, hablando, gobernando, pretendiendo el poder, cayendo... y no se encontrará jamás el elemento que denuncia nuestro origen divino, los atributos que separan esencialmente del artefacto al hombre...

Porque Sagasta, como obra de Dios deplorable, inverosímil y absurda, es uno de los más grandes prodigios de la edad moderna, como factura *yankee*.

Sus grandes extravíos arrancan de aquí, de la mano de obra. Procede sin tener en cuenta para nada los principios eternos que deben presidir á todas nuestras acciones.

Un día Montero Ríos, el gallego siniestro, que sentía escrúpulos de jurar sobre los Santos Evangelios, que no iba á levantar barricadas á las Cortes, y que fué ministro después sin escrúpulos en cuanto le nombraron, le dijo con notoria exactitud que salía siempre del poder de mala manera... Un día por la transferencia de los dos millones, otro por la causa de Monasterio... como si las crisis, feas, negras, persiguieran perpetuamente al Sr. Sagasta.

¡Oh, bien supo castigarle nuestro vehemente maniquí! El obscuro canonista, aquel cuervo que no quería jurar por Dios, porque, al parecer, no creía en él, y bien se le conoce, recibió la bofetada más sonora que ha recibido jamás codicioso curial.

A los pocos días era ministro de Sagasta... Y ya puede ese revolucionario hacer reformas, revocar leyes, poner lo de arriba abajo; Montero Ríos será siempre Montero Ríos, y al pie de todos sus decretos nos parece ver asomar algo que recuerda la minuta de sus honorarios. ¡Por declarar los derechos del hombre, tanto!

¡A esos, que le injurian, los hace Sagasta ministros!

Cae siempre por algo feo, sí, porque llama á su lado todas las fealdades. Cuando dice que caerá del lado de la libertad ¡da una pena oírle! Cae del lado de donde lo tiran. En la vida hombre alguno ha sentido menos la preocupación del gladiador. Lo corriente es que caiga como un fardo.

TOMAS TUERO.

LA GUERRA

Huye la tarde; á su fulgor incierto,
suelta la rienda sobre el pecho herido,
y cuando va un corcel solo y perdido

el campo de batalla ya desierto.

De sangre y lodo, y de sudor cubierto,
con ojo audaz y con atento oído
al césped interroga, en que el gemido
oyó hace poco del soldado muerto.

Allí se para; al aire dilatando
la entreabierta nariz, el aire aspira,
llegan los cuervos al festín nefando,
apaga el sol su funeraria pira,
mueve la yerba el bruto resoplado,
lame la frente al paladín, y espira!

LA PAZ

El sonrosado albor de la mañana
inunda con su luz monte y pradera
y de amor y consuelo mensajera
da sus ecos al aire la campana.

Rechina el trillo que las mies desgrana,
busca el zagal su hermosa compañera,
y la turba de pájaros parlara
de un nido al otro nido vuela ufana,
Todo es reposo, y calma y armonía;
sin que su azul empañe nube alguna,
convitando al placer despunta el día;
y rica de esperanza y de fortuna,
su bendición á Dios la madre envía
arrodillada al lado de la cuna.

M. DEL PALACIO.

LICURGO-AGUILERA

—San Pedro está de enhorabuena. Aguilera se ha medido á sí mismo con la vista de la cabeza á los pies... y ha tomado sus medidas, y lo que él se ha dicho: «qué bien me sentará á mí un largo, un enorme levitón de botones dorados». Se ha sentido portero.

—¿Y qué tiene que ver San Pedro con todo eso?

—Tiene que ver, porque él se habrá sentido honrado al honrarse Aguilera á sí mismo, pues honró á toda la clase de porteros, desde el que tiene las llaves del cielo hasta el último portero de la última casa del último barrio del más pequeño pueblo de la tierra. ¡Cancero público; al gran D. Alberto le ha sucedido lo que á la gata de la fábula, de pronto... se sintió portero, y ¡zas! ¡elevó la clase!

Y lo que él se ha dicho, ó debido decirse; no da mi señorito D. Segismundo autonomía á las colonias, pues sometamos España á una nueva legislación inspirada en el sentido más liberal... He hizo la ley de porteros! ¡Portentoso Licurgo! Ya veo, Sr. D. Quijote, el monumento colosal que habrán de elevar al grande hombre nuestros compatriotas reconocidísimos; un grupo de escobas y cojedores en pie y sobre ellos el gran portero español D. Alberto.

—¡Cuánta tontería, Sancho amigo! ¡Y para eso se llaman liberales! ¡Qué dirá el mundo al ver que por pobreza, por debilidad de ánimo hacemos concesiones absurdas á los negros de Cuba y á los amarillos de Oceanía, y nos sometemos ó consentimos que nos sometan á nosotros, europeos, blancos, cristianos, demócratas, á la tiranía de la escoba...

¡Sabrosísimo artículo el de Mariano de Cavia, chispeante y regocijadísimo ingenio; alegre risa de un elevado espíritu que opone la satírica burla á la ridiculez de un ukase, que es sin duda una burla de Carnaval!



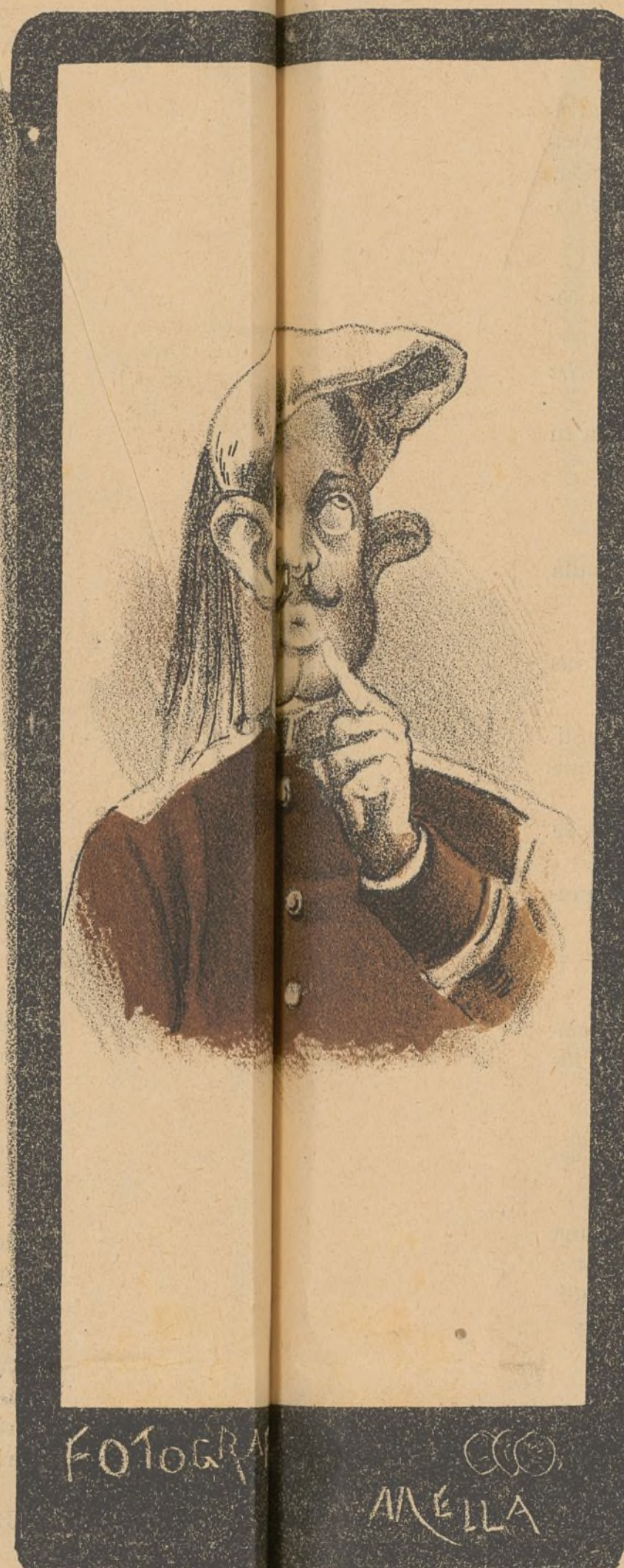
El único medio de que la prensa peninsular entre en Cuba.



¡Pucheros! ¡Pucheros!



¡Gran acontecimiento! Vean ustedes en lo que ha quedado convertida la florentina.



Se necesita una gran buen uso para un príncipe inédito.



haga que el vino no se le suba á la cabeza!



Nueva temporada.



Variaciones sobre la actitud de Weyler



—¡Caramba; yo no debo ser menos que Azcárraga, y quiero que también me llamen graaan organizador!

Triste es, bien triste que no tengamos otros asuntos de qué hablar en los presentes momentos, sino estos tan pueriles! ¡Sistema preventivo llevado al más extremo ridículo... Los ciudadanos tendremos en nuestra casa un vigilante de nuestros actos... Tornamos a la acción de un estado paternal, protector... que inspeccione, para nuestro bien, si nos faltan ó no los botones de la camisa.

Sépalo el mundo... hay un pueblo que se llama España, en el cual, el Gobierno previsor ha tendido una red fiscal y protectora de vigilantes; un vigilante para cada ciudadano.

Decidme; ¿qué falta ya para que aquí se den leyes como las del príncipe Jacinto, príncipe perro en el famoso pueblo de los Papamoscas? Tras de la ley de porteros habrá de seguirse la de cocineras, á las cuales debe dárseles también categoría de funcionarios públicos, y el puchero quedará sometido á la constante vigilancia de la autoridad gubernamental.

Llegaremos al ideal más admirable del régimen gubernamental... el Gobierno podrá llevar una estadística del número de garbanzos que echa cada ciudadano en la olla.

Todos estábamos tan contentos con tener un hombre, que vamos, la verdad, no es un Meternich, pero hombre de sano corazón y de sentimientos liberales.

¡Vaya por Dios!... Nos ha venido usted á dar un disgusto y á dárselo al señorito...

¡Vengamos á cuentas! ¿usted consultó á alguna persona el proyecto de ley porteril?

No estaba por allí Antequerita, que es listo; el mismo niño pudo haberle dicho á usted:

—¡D. Alberto... esto es muy fuerte!

Y usted que es bueno, porque eso no hay que negarlo, y sencillote, hubiera usted caído de su burro...

Y para eso se habrá usted servido de la pluma del meliflúo y sentimental amigo de Roure?...

¡D. Alberto, por Dios!...

En fin; sea como V. E. quieral... Ahora bien; lo que si nos permitimos aconsejarle á usted es que recoja esa ley de carnaval... y todo lo olvidaremos.

Conténtese usted con cobrar su sueldecito, pasear la personaza de usted... bastón en mano, esperar plazuelas en motín para lanzar con voz tonante, terribles y paternales arengas... y pelillos á la mar... todo se lo perdonamos á usted yo y Sagasta y el señorito D. Segis y el pueblo de Madrid, que al fin y al cabo, aunque seamos de oposición, hemos de confesar que le queremos á usted.

No crea usted que por eso dejamos de ver la intención política que se esconde tras de esta tan espantable...

—¡Las elecciones!—dirá V. E. guiñando el ojo zurdo...

—¡Picarón!... Mire y qué malicias ha echado vucencia desde que se ve gobernador; conoce Sancho el cargo y sabe que en éste se aguzan hasta los más obtusos entendimientos. ¡Vaya si se aguzan! Más ha de advertirse que Sancho, y en Sancho debe V. E. inspirarse, jamás cometió disparates. Antes sorprendente fué cuanto ideó, resolvió, legisló y realizó en su insula Barataria... Con que las elecciones ¿eh? Sí, porque vucencia se habrá dicho:—Tengo en mi mano la vasta red pastoril, ¡jergol!

No, esto de ergo no se lo habrá dicho usted; pero si cosa parecida.

Vengan, vengan todos los pueblos libres de la tierra, y contemplen el espectáculo que ofrece España. Washington, Lincon, Guillermo Tell, los grandes libertadores aprendan, aprendan la práctica de Gobierno liberal y democrático en España... que cuenta con un portentoso y sapientísimo legislador.

Cierto es que en Suiza se está realizando en todos los cantones la separación de la Iglesia del Estado. Cierto que en Bélgica la enseñanza ocupa la atención de los gobernantes. Cierto que, respecto de higiene pública, en todos los concejos y prefecturas se extremen la aplicación de los más refinados progresos... Pero en España tenemos la exaltación de los porteros á gobernadores domésticos y altísimos funcionarios del Estado.

¡Oh, qué apenadora situación! ¡No hay ya remedio para nosotros! No, no le hay; somos un pueblo de toros... regidos por tontos... ¡Dios nos ampare! En fin, qué hemos de hacer... resignarnos, siquiera estas cosas de D. Alberto distraen y contentan... por lo menos nos consuelan de otras penas y abrumadoras...

¿Si habrá sido esta la intención política, D. Alberto? Si fuera así... es más que un santo... un verdadero sabio.

QUISICOSAS

Penetró en cierta oficina un soldado, donde estaban unos cuantos empleados exhibiendo en la solapa de la levita unas cruces,

y exclamó lleno de rabia: «Lucen condecoraciones los que á la patria desangran, y yo no ostento un cintajo al regresar á mi casa cuando he sabido en la guerra dar mi sangre por la patria!»

—Diez mil pesos, allá en Cuba, tiene un ministro de sueldo. —¡Cuánto peso!

—Es que ese cargo es cargo de mucho peso.

Ayer, sólo á una cartera aspiraban los políticos; pero hoy día todos aspiran á ser jefes de partido.

—Mucho me gustan los reyes. —¿Qué reyes? ¿Los Reyes Magos? —El rey de oros, el de copas, el de espadas y el de bastos.

—¿Qué me cuenta usted, amigo? —Que en Paredes (Ribadavia) le han quitado á un carpintero un ataúd.

—¡Tiene gracia! ¿Y el carpintero qué dice? —Que no le diría nada al ladrón si le encontrase... —¿En la calle?

—No, en la caja.

VICENTE RUBIO.

5.000 HOMBRES

Cinco mil soldados más á Cuba. Cinco mil hombres más arrancados del taller y el campo. Cinco mil familias más privadas de sus hijos y condenadas á vivir en la incertidumbre de si volverán á verlos. Cinco mil víctimas más ofrecidas en holocausto al monstruo de la guerra.

Irán ahora 5.000, y más tarde otros 5.000, y más tarde otros 5.000, como la guerra dura. De miedo á que la opinión se levante, no manda el Gobierno ahora mayor contingente. ¡Hipócrita! Como si esto pudiera consolar ni engañar á nadie, dice que los envía sólo para cubrir bajas. Para cubrir bajas necesitaría ya hoy, no 5.000, sino 100.000 soldados. Con que vayan á cubrir bajas los 5.000, ¿será mejor su suerte ni peligrará menos su vida que si fueran de refuerzo? ¿Los respetarán más las enfermedades ni el plomo de los enemigos?

Entre los 5.000 hombres no irá por de contado nadie que disponga ó haya dispuesto de 1.500 pesetas. No irá sino la plebe, los que nada tienen, á pesar de lo mucho que trabajan. Claman éstos en vano por la paz á todo trance: no llega su clamor al Gobierno. Llegaría si, derogada la redención á metálico, con sus voces se confundieran las de los hijos de la aristocracia, las de los que ocupan altos puestos de la Administración y las de los que gozan de pingües fortunas.

Prometió Sagasta á los socialistas la abolición de las redenciones; pero no las abolirá mientras haya guerra. Se le sublevarían las clases todas que son el sostén de la Iglesia y la Monarquía: dos instituciones cada día más estrechamente unidas y más necesitadas de mutuo apoyo.

Continuemos, continuemos enviando plebeyos á Cuba. Crece aquí la población con demasiada rapidez, y ya no hay tierras que cultivar, ni industrias por ejercer, ni conocimientos por difundir, ni ciencias por aprender, ni riqueza que no tengamos ya descubierta, beneficiada y manando oro. Pues sobra gente, mandémosla á donde obre con más actividad la muerte. En Cuba maneja la muerte dos guadañas: la peste y la guerra.

F. PÍ Y MARGALL.

LANZADAS

Ha muerto en plena juventud, á los dieciocho años de edad, una de las hijas de nuestro respetable amigo el doctor Esquerdo.

Para estos inicuos asesinatos de la Providencia, no puede haber más sino palabras de protesta y de dolor. Y nosotros lloramos y protestamos con el doctor Esquerdo por la inmensa desgracia que le affige.

Ha llegado la hora de las indignaciones para los periódicos sensatos... de gran circulación.

Y á estas fechas hay quien propone que se abra una investigación para averiguar si los supuestos anarquistas presos en Monjuich, fueron sometidos ó no á los bárbaros tormentos de que nos vienen hablando hace tanto tiempo los periódicos de escasa circulación.

¡No! «Corramos un velo», sobre todas esas vergüenzas.

Porque ya verán ustedes, si se abre esa información cómo resulta de ella que el tal Portas es un ángel de Dios, digno de ser canonizado.

¡Y todavía será posible que le concedan un nuevo ascenso!

¡Ya están ahí!

Nos referimos á los hambrientos.

Noticias telegráficas recibidas de Sanlúcar de Barrameda nos hacen saber que, numerosos grupos de trabajadores del campo, han invadido aquella población, asaltando las tahonas y llevándose todo el pan que encontraron á mano.

Pero no hay que asustarse.

¡Porque mientras los accionistas del Banco sigan cobrando buenas primas!...

El Sr. Silvela «ha tenido á bien»—como diría *La Correspondencia*—regresar de Badajoz.

De modo que ya tenemos otra vez á Cepedita en Madrid.

¡Alabado sea Dios!

La corte cuenta ya con un espectáculo más.

El Sr. Grilo, según leemos en un periódico, se halla ligeramente enfermo.

Era de presumir.

¡Consecuencia de entregarse tan á menudo á las musas!

El *Diario oficial del Ministerio de la Guerra* ha publicado ya las disposiciones oportunas para el embarque de 7.186 hombres con destino á Cuba.

Pero insistimos en recomendar á las madres que se tranquilicen.

Porque esos 7.186 hombres no van á la isla como refuerzos, sino á cubrir bajas.

Y parece que no, pero las cosas varían según el nombre que se les da!

Según una estadística publicada por un diario oficial, los gamacistas obtendrán diez puestos más que los moretistas en las futuras Cortes.

Nos resistimos á creerlo.

Porque D. Germán no es quién para montar al señor Moret.

Nuestro «leal amigo» Mr. Sherman ha publicado una circular invitando al pueblo de los Estados Unidos á que envíe socorros en especie ó en metálico á los indigentes de Cuba.

Pues, señor, era lo único que nos faltaba.

¡Aceptar las limosnas de los Estados Unidos!

¡Ande el movimiento!

El Nacional, ocupándose del expediente de los astilleros del Nervión, dice que le consta que por conveniencia de algún ministro se trata de hacer perder al Estado 12 ó 14 millones de pesetas.

Tiene la palabra el señor... (aquí un nombre) para rectificar.

Anuncios:

Ayuntamientos á la medida de los gobernadores.

Pronto se recibirá una gran partida que se irá colocando en provincias.

Esposas.

Hacen mucha falta en Ultramar para algunos contratistas.

Piel.

Se vende la que se ha arrancado Silvela en defensa de la moralidad.

Ideales.

Fábrica de armas, dirigida por el Sr. Grilo.

Libros;

¡*Tesoros!*—Dos delicadísimos cuentos escritos por el distinguido publicista D. Angel Bueno.

De venta en el *Centro de Educación Moderna*, San Ignacio, 1.

ALMANAQUE DE DON QUIJOTE

PARA 1898

Se ha puesto ya á la venta.

Consta de sesenta y cuatro páginas, lleva una cubierta en colores—¡en muchos colores!—y está autorizada con la firma de los notables escritores Blasco (Eusebio), Iruela (José), Aza (Vital), Villaspesa (Francisco), Zahonero (José), Machado (Manuel), Campoamor (Ramón de), Rueda (Salvador), Sawa (Miguel), Urrecha (Federico), Pérez Zúñiga (Juan), Alarcón (Pedro Antonio de), Sellés (Eugenio), Paso (Mannuel), Dicenta (Joaquín), Montoto (Luis), Reina (Manuel), Navarro Gonzalvo (Eduardo), Lustonó (Eduardo), López Silva (José), Castro (G. de), Menéndez Aguiar (José), Gabaldón (Luis), Ramos Carrión (Miguel), Rodríguez Marín (Francisco), Pérez y González (Felipe), Irayzoz (Eduardo), Cavia (Mariano de), Rodao (José), Palacio (Manuel del), Pajarón (Agustín), Herrero (José J.), Tovar (Alfonso), Paradas (Enrique), Ferrari (Emilio), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los populares dibujantes Sojo (*Demócrito*), Cilla, Rojas, Solar de Alba, Poveda y notables caricaturistas extranjeros.

Precio del Almanaque: 50 céntimos para el público y 35 para nuestros corresponsales.

Con que ya lo saben ustedes.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.